

Barcelona:
Alberto ANAUT,
enviado especial

Once de octubre de 1974. Isidoro, un desconocido, irrumpe con fuerza en el panorama político de la España negra de los últimos años de la dictadura. Acaba de ser nombrado, en Suresnes (Francia), nuevo secretario general del PSOE. Diez de octubre de 1982. Carretera de Reus a Lleida (Cataluña). Isidoro ya no es una incógnita. El dueño de aquel pseudónimo que nació en la clandestinidad está a punto de ser presidente del Gobierno. Felipe González ya no es aquel Isidoro que se tuvo que inventar su mujer, Carmen Romero, ante la insistencia de Rodolfo Llopis, obsesionado como estaba por los lenguajes de la guerra.

«En 1974 —recuerda Felipe González en medio del stress de la campaña electoral— yo llegaba a Francia en un R-5, después de dejar en Portugal a una persona que tenía problemas en España y hacer noche en San Sebastián.» Fue el principio de una historia que casi nadie del PSOE pensaba que tuviera un final tan feliz como el que ahora está a punto de llegar.

Así fue

«Entonces, en 1974, se toma la decisión, tras la ruptura de 1972 con Llopis, de nombrar un nuevo secretario general del partido. Todo el mundo daba por hecho, cuando llegamos a Suresnes, que Nicolás Redondo debía ser el secretario general. Todo el mundo, menos Nicolás Redondo. Dijo que no y lo dijo porque pensaba, yo creo que con buen criterio, que había que dejar de hablar en términos de clandestinidad y empezar a pensar en el futuro.» Y en ese futuro, PSOE y UGT, que por aquel entonces andaban revueltos, deberían tener sus campos de acción bien delimitados, al menos formalmente.

«El problema —recuerda Felipe— era elegir un secretario general puente entre ese congreso y el momento, que nosotros no preveíamos muy lejano, de la transformación política de España. Y ese secretario general resulta que fui yo.» Y lo hizo po-

Han pasado ocho años desde que aquel mes de octubre de 1974 Felipe González, en la clandestinidad, fue nombrado sucesor de Llopis al frente del Partido Socialista. Desde entonces, los

sevillanos del interior empezaron a dejar de pensar en la resaca de la guerra civil y se pusieron a trabajar. Hoy, a las puertas de la Moncloa, se celebra el aniversario y Felipe González lo recuerda.

El secretario general del PSOE hace balance de sus ocho años al frente del partido

Felipe recuerda a «Isidoro»



Fue su esposa, Carmen Romero, quien inventó el nombre de guerra —«Isidoro»— para la clandestinidad. Hoy, Felipe está a las puertas de la Moncloa.

niendo casi la misma cara de sorpresa que debió de quedarse cuando se encontró, de buenas a primeras, con el inesperado cargo entre las manos.

No lo tuvo del todo fácil. Luis Yáñez se descolgó haciendo una enérgica defensa de su candidatura, en la que nadie había pensado, en lo que más tarde se llamaría «El pacto del Betis». «Pero había quien se oponía con fuerza, y lo puedo contar —dice Felipe— porque sé que no le va a molestar. Enrique Múgica se oponía furiosamente a que yo fuera secretario general. No lo aceptaba de ninguna manera, y por razones que me parece que no eran de carácter personal, sino muy sólidas.»

La batalla fue dura, aunque no llegó la sangre al río. Yáñez siguió en sus trece y tuvo la lucecita roja de su micrófono permanentemente encendida para sacar adelante la candidatura de Felipe. «Y al final —comenta Isidoro ocho años después— ¿qué es lo que ocurrió? Pues que me eligieron por exclusión. Los otros, para entendernos, digamos que reunían menos condiciones que yo.»

Una subasta a la baja que resultó ser decisiva. De modo que Felipe vol-

«
Enrique Múgica se oponía con fuerza a que yo fuera nombrado secretario general en el congreso de Suresnes
Yo siempre había estado convencido de que, muerto Franco, un 30 por 100 de los españoles nos votarían
»

vió a Madrid con la responsabilidad sobre los hombros y al clarividente Ramón Tamames solamente se le ocurrió comentar en un cóctel que aquel intrigante Isidoro era, nada más y nada menos, que Enrique Múgica. Menos mal que Pedro Rodríguez, que conocía al dedillo los archivos de la Policía, arrojó algunas luces sobre la verdadera personalidad del nuevo líder del PSOE.

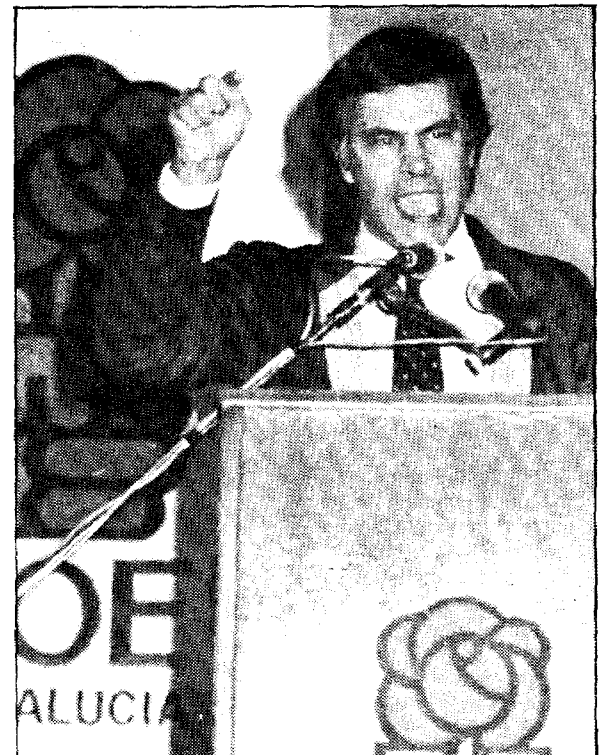
El cambio

Nadie se aclaraba muy bien lo ocurrido y nadie sabía, desde luego, por dónde iban a ir los tiros. «La verdad —y parece que la humildad no le deja a Felipe reconocerlo— es que empieza una nueva etapa en el interior; una etapa que ha tenido una

gran dimensión política por lo que ha sido la formación de la izquierda en España.»

«La renovación de aquella época colocó al Partido Socialista en condiciones de afrontar la nueva situación.» Y Felipe recuerda, entre complacido e irónico, aquellas previsiones de Mitterrand —¡que Santa Lucía le conserve la vista!—, que aseguraba para España un esquema político similar al italiano o al francés. «Tardaron tres años y medio, hasta las primeras elecciones, en darse cuenta de una situación que no podían concebir, pero, a pesar de todo —asegura Felipe—, yo estaba seguro de que las cosas serían así.»

No había quien apostara un duro por un PSOE fuerte, ni Suárez, «cuando



Hace ocho años, por el «Pacto del Betis», Felipe González llegaba a la dirección del socialismo español.

en 1977 se dedicaba a filtrar a través de las Embajadas que la UCD conseguiría un sesenta y cinco por ciento de los votos en las primeras elecciones», ni otros muchos, como aquel ministro alemán que todavía le debe una apuesta a Felipe. «Antes de las elecciones de 1977 me decía que ni de broma pasaríamos del quince por ciento de los votos y yo le aposté unas vacaciones a que rebasaríamos el veinticuatro con cinco por ciento. A elegir donde quisiera el ganador. Todavía no me las ha pagado, claro.»

De modo que Felipe no se llevó ninguna sorpresa con la escalada del PSOE. «Porque yo siempre había estado convencido de que, muerto Franco, incluso sin campaña electoral, un treinta o un treinta y cinco por ciento de los españoles nos votarían a nosotros.» Y se quedó corto.

Polémicas

Desde entonces, desde que lo encumbraron a la cabeza del PSOE, Felipe no lo ha tenido todo fácil, «han sido años de muchas polémicas». Como aquella que ahora recuerda el secretario general del PSOE sobre el marxismo. Dijo que pediría que el PSOE renunciara al marxismo y se armó la marimorena. «Y yo defendí entonces la tesis de siempre, la de los cincuenta años de historia del PSOE. La de Pablo Iglesias, Largo Caballero e Indalecio Prieto.»

No hubo, como era de esperar, marxismo. Y si hubo dimisión de Felipe ante un congreso que se le fue de las manos (por la izquierda). Y ahora hay lo que hay. Han cambiado muchas cosas desde 1974, cuando a Pablo Castellanos —hoy en la izquierda más crítica de Felipe— le estuvieron a punto de echar del PSOE por socialdemócrata. «Y es que Pablo propugnaba una alianza con Cantareiro del Castillo, que es muy buena persona, pero que ahora anda metido en Alianza Popular.» Felipe se ríe: «Pablo no estaba muy orientado.»

Dice que él no ha cambiado. «Y no sólo lo digo, sino que me remito a unas declaraciones sobre la situación política y económica de España que realicé en Sevilla, cuando Isidoro fue descubierto. Era en 1974 y no cambio ni una patabra, aunque han pasado ocho años y ha muerto Franco. Le reto a cualquier político español a que trate de hacer lo mismo.»

«Si algo he aprendido en este tiempo —y cuando lo dice se pone grave— es que la fragilidad que tienen los partidos políticos es comparable a la que tienen todas las instituciones sociales de España. Nadie es más que nadie y esto es impresionante.»

Tiene razón Felipe. Han pasado ocho años desde entonces e Isidoro se ha llevado al PSOE de calle, hasta las mismas puertas de la Moncloa.